

Repetiremos aquí lo que ya antes hemos insinuado, y es cosa de notarse: que en el espacio de tiempo que medió entre la destrucción de los jesuítas y la época de la revolución francesa, es precisamente el necesario para formar una nueva generación. La revolución fué principalmente la obra de la gente joven; pocos miembros de la famosa Asamblea nacional, y sobre todo pocos miembros de la *izquierda*, pasaban de cuarenta años. Pues bien; todos éstos habían sido educados después de la destrucción de los jesuítas.



CAPÍTULO III

LA COMPAÑÍA DE JESÚS SUPRIMIDA EN ESPAÑA Y SUS DOMINIOS

§ I.—Preparativos de la persecución.

LA expulsión de los jesuítas en España fué, según se cree, un proyecto concebido por ciertos poderosos desde el reinado de Fernando VI, que estuvo oculto mientras vivió este Príncipe, pero que fué descubriéndose al empezar el inmediato Monarca.

La filosofía irreligiosa, que en Francia trastornó las cabezas de los que tenían el corazón corrompido, influyó, sin duda, en algunos españoles que tenían también la pretensión de ser filósofos; sin embargo,

lo que más se manifestó en la Península contra la Compañía de Jesús fué el regalismo, que en aquella época llegó en España á su apogeo.

El príncipe D. Carlos salió de España á la edad de diez y seis años, y siendo Duque de Toscana depositó su confianza en Bernardo Tanucci, ciudadano de Florencia y catedrático que había sido de Derecho público en la Universidad de Pisa. Elevado aquel Príncipe al trono de las Dos Sicilias, le nombró su ministro de Gracia y Justicia, en cuyo cargo le tuvo á su lado por espacio de veinticuatro años, hasta que pasó á reinar en España bajo el nombre de Carlos III por muerte, sin sucesión, de su hermano Fernando VI.

Concedióle el título de Marqués de Tanucci, y era tanto lo que le apreciaba que desde el trono de Castilla siguió con él una continua correspondencia. Este personaje pertenecía á la escuela *filosófica francesa*, y era amante de novedades y extremado regalista.

Difícil es averiguar si, al volver Carlos III á su patria el año 1759, era ami-

go ó enemigo de los jesuítas. De distinto modo le han pintado los escritores; pero habiendo salido de España tan joven, y teniendo por mentor y ministro á Tanucci, es muy posible que este filósofo le inspirase el desvío que él mismo abrigaba de la Compañía.

Si fué así, el haber conservado este Monarca á los jesuítas en la corte de España en los primeros años, y el haber condenado las calumnias oficiales del Marqués de Pombal, podría atribuirse al distinto modo de ver de los diferentes ministros, á la inclinación de la excelente Reina Amalia hacia la Compañía, y sobre todo á la protección que á ésta dispensara la Reina madre mientras vivió.

Pero nada nos importa hacer esta averiguación, como tampoco trataremos de saber si este Soberano estaba dotado de la gran capacidad y de la voluntad inflexible que algunos le atribuyen, ó si fué más bien, como nosotros nos inclinamos á creer, de escasa perspicacia, terco de carácter y de un celo mal entendido de su soberanía.

Cosas buenas se hicieron en España durante su reinado, y faltas graves se cometieron (1). En lo que no cabe duda es que Carlos III se vió rodeado de una facción antijesuítica, que con sus manejos, y valiéndose de medios inicuos, consiguió el extrañamiento de los jesuítas de todos los dominios españoles.

Tres eran las personas conocidas que en un principio formaban esta facción (2): el duque de Alba, el fiscal del Consejo D. Pedro Rodríguez Campomanes, grande

(1) Uno de ellos fué el *Pacto de familia*, por el cual se colocó España á remolque de Francia. Empezó esta nación la guerra contra Inglaterra, favoreciendo la emancipación de los Estados Unidos de América, y arrastró á España á ella. No comprendió Carlos III lo perjudicial de esta guerra para la nación española, que tenía tantas colonias en América. Fué un mal ejemplo para éstas y un motivo para que los ingleses tomasen después el desquite.

(2) Hemos tomado los pormenores de esta relación, en gran parte, de un manuscrito que se atribuye al abate Hermoso, uno de los procesados, como después veremos, pues así lo dice un ejemplar que hemos tenido á la vista. Como quiera que sea, no hay duda de que dicho documento fué escrito por un testigo ocular y extraño á los jesuítas.

antijesuíta, y el confesor del Rey fray Joaquín Eleta, llamado comúnmente el P. Osma, del pueblo de su naturaleza, religioso gilito, que de simple lego en su convento subió al sacerdocio, se hizo cerca del Rey juez supremo en lo eclesiástico y adquirió una seperitendencia general en todos los negocios. Unidos íntimamente estos tres personajes para destruir la Compañía de Jesús, conocieron que les sería difícil lograr su siniestro intento mientras viviesen las virtuosas Isabel de Farnesio y Amalia, y entretanto trabajaban en preparar el golpe.

El duque de Alba empleaba su valimiento durante que conservó la gracia del Monarca; Campomanes declamaba contra los jesuítas en el Consejo y en los tribunales, y el confesor hablaba al oído del Rey, persuadiéndole en conciencia. Uno de los medios de que usó este religioso en su guerra contra los jesuítas fué de examinar con cuidado quién había estudiado con ellos ó tenía relaciones de amistad, á fin de no sacar de este gremio para Obispos, dignidades ni empleos de considera-

ción, de tal modo que todos los obispados de España é Indias se iban proveyendo en los que se juzgaban desafectos á la Compañía.

En esta situación se hallaban las cosas respecto á los jesuítas cuando estalló el motin de Madrid, que importa referir detenidamente porque era la ocasión y el pretexto de manifestarse abiertamente contra ellos, y de donde les vino próximamente su ruina, y en primer lugar es preciso descubrir las causas que dispusieron los ánimos para esta conmoción.

§ 11.—Motin de Madrid.

Los dos ministros que á la sazón ejercían más influjo en el ánimo de Carlos III, y en quienes este Príncipe tenía más confianza, eran D. Leopoldo de Gregorio, Marqués de Esquilache (1), de nación siciliano y de humilde nacimiento, y el Marqués de Grimaldi, también italiano.

Al primero le había traído consigo de Nápoles, y á la verdad no mostró el Rey

(1) Los italianos escriben *Squillace*.

mucho tacto al traer por ministro y favorito á un extranjero. En la época de que hablamos desempeñaba Esquilache los ministerios de Hacienda y de Guerra, y para elevarle á este último cargo removió el Rey al Conde de Valparaíso, que murió inmediatamente del sentimiento de tener que viajar á la edad de setenta años como embajador á Polonia.

Tal era la preponderancia de Esquilache, que casi todas las reformas y medidas administrativas en los primeros años de este reinado fueron tomadas por consejo ó con intervención de este ministro. No hay duda que hizo cosas buenas, como la fundación del Monte de Piedad, y el aseo y la limpieza de la capital; pero el ser extranjero, el espíritu que mostró desde luego de alterar los usos y las costumbres populares, el prurito de enriquecerse y de acumular títulos con sueldo para sí y para sus allegados, todas estas circunstancias le hicieron generalmente aborrecible á los españoles.

A esto se siguieron, por desgracia, los años poco fértiles para España, y fertilí-